

Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa

Tierra salvaje de lava

Texto y fotos: *Jesús Ávila Granados*

En este mes de marzo, hace veinte años (1982), el Parlament de Catalunya aprobaba por unanimidad la Ley de protección oficial de la zona volcánica de La Garrotxa. Hoy, este espacio natural, declarado en su conjunto Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa, amparado por Ley (12/1985), merece una visita obligada para comprender las diversas fases experimentadas por la Naturaleza.

Pocas comarcas o regiones de Europa condensan en su geografía unas condiciones socio-culturales y geográficas tan extraordinariamente atractivas para los amantes de la historia, el arte y la naturaleza, en todas sus dimensiones, como la Garrotxa, en el centro-norte de la provincia de Girona.

La comarca de la Garrotxa, al nordeste de Cataluña, se subdivide en dos áreas

bien diferenciadas: la Alta Garrotxa, caracterizada por un paisaje seco y abrupto, de valles estrechos y profundos y montañas elevadas en forma de acantilados naturales, que sorprenden por su soledad y grandiosidad espacial, al alcance de la vista desde el Parque Natural. En cambio, la Baja Garrotxa se caracteriza por su humedad y la suavidad de un paisaje de gran riqueza botánica que coloniza hasta los mismos cráteres de los numerosos volcanes; es

aquí, en esta zona, donde el hombre prefirió instalarse, levantar sus casas rurales —masías— y cultivar sus campos.

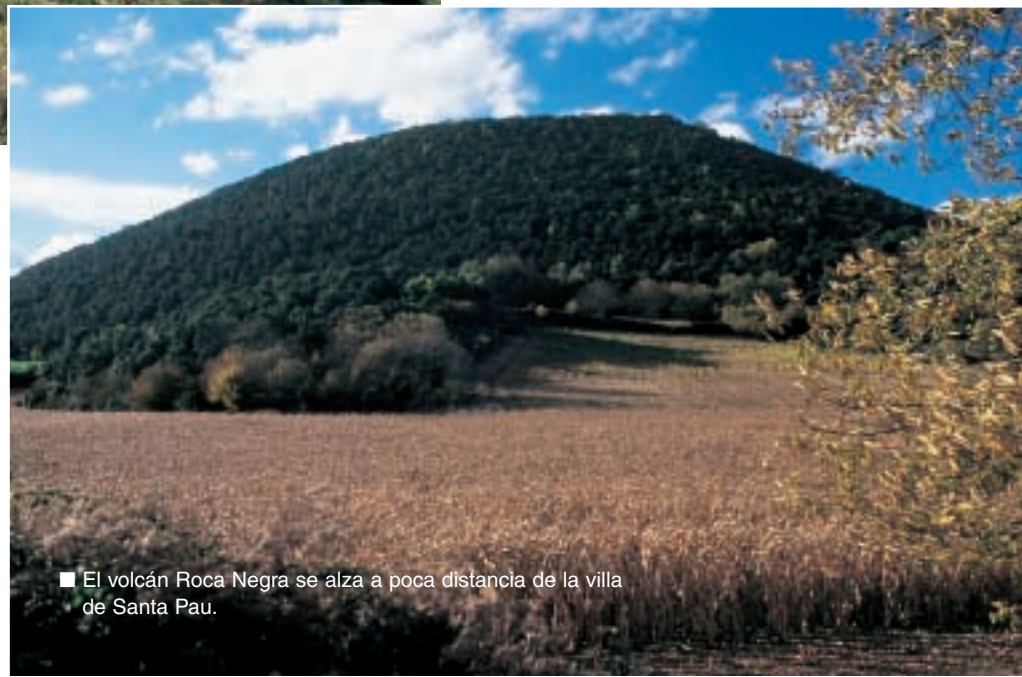
El territorio del Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa, que ocupa una superficie de 11.908 has. —de las cuales 887,6 ha. corresponden a veinticinco reservas naturales que preservan los conos volcánicos de mayor interés geomorfológico—, se extiende desde los 200 m de altitud (Castellfollit



de la Roca), hasta los 1.100 m (Puigsallança), punto culminante de la Serra de Finestres. La mayor parte de este paraíso natural se acurruca sobre los márgenes de las cuencas del Fluvià, el río que nace en forma en espectacular cascada en el Puigsacalm (Vall d'en Bas), y también sobre los ríos Brugent y Llémana, afluentes del Ter. Los núcleos de los cascos urbanos se hallan sobre los 600 m de altitud; mientras que las sierras que delimitan la periferia del área protegida se alzan entre los 800 y 1.000 metros.

La particular forma de establecer los cultivos, en forma de terrazas —"garrotxas", según el decir de los pageses (campesinos) locales—, determinó, con el paso del tiempo, la denominación de toda la comarca. Pero tal definición también se traduce, según el escritor ampurdanés Josep Pla, como tierras ásperas y quebradas. En efecto, desde el santuario de la Mare de Déu del Mont, o Sant Martí de Toralles, en la Alta Garrotxa; desde la Serra de Finestres, o Sant Julià del Mont, en el centro, o el impresionante Puigsacalm, en la Vall d'en Bas, en el sudoeste, la Garrotxa se ofrece a los ojos del visitante como una tierra de profundos barrancos y despeñaderos de vértigo. Están constituidos por las escalonadas crestas montañosas, casi siempre coronadas de interesantes ermitas y santuarios de peregrinaje, y senderos milenarios, abiertos a lo largo de los tiempos por el fervor popular, o bien las necesidades socioeconómicas de las gentes para establecer las vías de comunicación necesarias en la obtención de recursos y el trasla-

■ El volcán de Santa Margarida camuflado bajo un espeso manto vegetal.



■ El volcán Roca Negra se alza a poca distancia de la villa de Santa Pau.



■ El puente románico del Llierca delimita el sector norte del Parque Natural.

La particular forma de establecer los cultivos, en forma de terrazas o “garrotxas”, determinó la denominación de toda la comarca

do de sus cosechas agropecuarias a los principales mercados de la comarca. Consecuencia de ello, no es extraño ver cómo, para poder pasar de un desfiladero inferior a una cima o terraza superior, un puente románico facilite los desplazamientos; al fondo, el curso torrencial de un río, cuyas nerviosas y cristalinas aguas han visto la luz en un nacimiento próximo, de las entrañas volcánicas de la tierra.

Pero la Garrotxa es mucho más; el Fluvià, uno de los protagonistas naturales de la comarca, es un río creador de paisajes, con sus correspondientes afluentes, mientras va cortando el accidentado territorio de lavas y coladas volcánicas, además de irrigar las fértiles tierras de labor de los municipios más emble-

máticos de la comarca (Santa Pau, Sant Joan les Fonts, Olot, Besalú, Castellfollit de la Roca...).

En medio de esta sinfonía de colores, con el verde y el marrón, en sus diferentes gamas estableciendo un mágico equilibrio que lo llena todo, se encuentra como acurrucado en el corazón de la comarca el Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa, que cuenta con un total de cuarenta conos volcánicos; algunos, tan espectaculares como el Croscat, convertido en un centro de estudio de las capas lávicas del suelo y subsuelo volcánico; el de Santa Margarida reviste la mayor importancia paisajística, al ser el segundo en importancia de Europa, después del Etna.

ESPECTACULAR PAISAJE VOLCÁNICO

Los términos de Santa Pau, Olot, Sant Joan les Fonts, Les Preses, Sant Aniol de Finestres y Castellfollit de la Roca son los más ricos en volcanes, y las coladas basálticas más espectaculares se pueden contemplar en Castellfollit de la Roca, Sant Joan les Fonts y Santa Pau; en todas ellas, resulta impresionante admirar las columnatas hexagonales de la piedra basáltica. Además, a consecuencia del origen volcánico del suelo, es fácil contemplar en la comarca diferentes efectos orográficos de curiosidad natural: géiseres, bombas (lapilli) solidificadas, como sucede en Batet y Voratosca (Bosc de la Tosca), lugar conocido popularmente como “la ciu-

dad muerta”, entre Olot y Les Preses, en el pintoresco Valle de Bas. También, como elemento único, los “bufadors”, o fenómenos naturales, que producen unas emanaciones de gases y líquidos a elevadas temperaturas. Sobre el volcán Croscat, cerca del cráter conocido como Puig de la Garça, podrá ver una curiosidad de este tipo: el interior de una cavidad subterránea de veinte metros cuadrados en donde se mantiene constante una temperatura de 20 a 25°C por encima de la del exterior; impresiona verdaderamente adentrarse en dicha cueva, abierta en la ladera del volcán. Todo ello nos lleva a la deducción de que nos encontramos en la comarca más volcánica de la península Ibérica y, al mismo tiempo, sin duda, una de las más espectaculares de Europa, rivalizando con la Auvernia francesa, en el corazón del Macizo Central.

La zona volcánica de la Garrotxa está constituida por un sustrato paleozóico, sobre el que descansa una cobertura de origen terciario. La región presenta un vulcanismo de tipo estramboliano en el que se distinguen diversas fases eruptivas y se sabe que aparecieron dos bocas de fuego y emanaciones de gases sofocantes a raíz de los fuertes terremotos registrados en el siglo XV. Concretamente en los años 1427 y 1428 derribó todos los campanarios románicos de la comarca, y dejó heridas en las fachadas de la mayoría de los edificios; algunas de las cuales se han mantenido como testimonio histórico (Els Arcs. Santa Pau). Pero la amenaza aún hoy sigue latente, si recordamos que, en enero del 2000, se registró un sismo de magnitud 3,5 en la escala de Richter —según el Instituto Geográfico Nacional— que tuvo como epicentro la zona entre Sant Aniol de Finestres y Les Planes d’Hostoles, afectando, por lo tanto, el área más meridional del Parque Natural.

La tierra comenzó a temblar en la Garrotxa durante el Paleolítico Inferior. La primera erupción volcánica se produjo, según los geólogos y vulcanólogos, hace 217.000 años, en la zona comprendida entre Batet y Sant Jaume de Llierca, comprendiendo el valle intermedio del Fluvià. La segunda, mucho más reciente, hace unos 192.000 años, afectando a los volcanes del valle de Begudà, desde donde se abre el valle del Turonell, que dio lugar a la primera

emisión de magma. Los científicos argumentan, además, la existencia de dos coladas a partir del paleosuelo —suelo formado por materiales de aluvión—; y es precisamente en el acantilado que sirve de base a la población de Castellfollit de la Roca, una de las villas más fotogénicas de nuestro país, donde mejor puede comprenderse este fenómeno geológico, de diferentes superposiciones de columnatas basálticas, que han quedado al descubierto gracias a la acción erosiva del río.

De estos datos se llega a la deducción de la permanencia en profundidad de un magma activo, como lo demuestran los terremotos destructores en épocas más recientes, lo que da idea de una gran cantidad de energía geotérmica acumulada.

RUTAS PARA DESCUBRIR LOS VOLCANES

Por “Can Serra”, torciendo luego hacia la derecha, llegará a la majestuosa masa volcánica del Croscat, por su ladera norte. Su altura es de 786 m (160 m de alzada); el cráter de forma de herradura es de unos 600 m de longitud y 350 m de anchura máximas; no sólo es el mayor de los volcanes de la Península Ibérica, sino también, paradójicamente, el más joven de todos, puesto que su última erupción tuvo lugar hace 11.000 años, en pleno Paleolítico Superior, durante la civilización del Hombre de Cro-Magnon. El Croscat, con sus terribles erupciones, dio lugar a la Fageda d'En Jordá, también creó el Bosc de Tosca y fue el “escultor” natural del fértil valle de la plana de la Vall d'en Bas.

Enfrente, hacia el SO, después de atravesar la GI-524 (la carretera que enlaza las poblaciones de Olot y Santa Pau), si es amante del senderismo, aconsejamos se acerque al cráter de Santa Margarida. Dejará atrás la masía de Caselles, cuyas paredes evocan la naturaleza volcánica de sus materiales constructivos, y centenarios robles y castaños. El sendero se hace cada vez más empinado, en medio de un frescor y una arboleda tan espesa que impiden la entrada de los rayos solares; después de unos 17 minutos, alcanzará la cumbre, en este caso los labios del volcán, cuyo cráter —de 430 m de diámetro, en forma de circo y de 153 m de profundi-

dad máxima, segundo en importancia de Europa, después del Etna—, reviste un formidable atractivo paisajístico; en su interior, una ermita románica levanta sobre un antiguo centro de culto prehistórico de corte céltico; un menhir da fe de ello, y también si recordamos que la iglesia se asienta sobre un gigantesco dolmen, como lo confirmaron excavaciones arqueológicas. Las vertientes interiores del cráter han desafiado a la erosión del viento y del agua, gracias a los bosques de encinas y robles que allí han prosperado.

El sendero le llevará ahora hacia el sur, en dirección a la Collada de Bassols; para torcer seguidamente a oeste,

El parque natural de la Zona Volcánica de La Garrotxa cuenta con un total de cuarenta conos volcánicos



■ Interior de la zona excavada del corazón del cráter del Croscat.



■ Espectaculares cascadas en el río Fluvià a su paso por Sant Joan les Fonts.

dejando a nuestra izquierda el volcán Torrent, en cuya ladera se alza otro centro de culto prehistórico que tuvo continuidad durante la Edad Media, como lo confirma la iglesia de Sant Miquel de Sacot (s. XI), cuya fachada está flanqueada por dos milenarios tejos, el árbol sagrado de los antiguos celtas. Si sigue el camino hacia la plataforma superior, además de descubrir una antigua cantera de cuarzo, que sirvió para hacer las puntas de flecha prehistóricas, tendrá el placer de admirar, a vista de pájaro, la mayor parte del Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa, con el bosque de la Fageda d'En Jordà, como pulmón verde.

Sin abandonar el extenso municipio de Santa Pau (de 48,80 km² de superficie), aconsejamos se acerque a la parroquia de Sallent, después de admirar el menhir de la "Pedra del Diable", cerca de la masía de "Can Formiga". Allí se está construyendo una inmensa área de protección de especies animales autóctonas de la comarca, que podrán visitarse a través de un sendero peatonal que conduce hasta la plataforma superior, desde la cual tendrá el placer de admirar buena parte del Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa, con la antigua masía de "Can Torruella Baix". Antes de regresar a Santa Pau, recomendamos se acerque a "Can Batlle"; se trata de una presa de agua que saciaba la sed de los habitantes de la cercana villa romana; hoy, aquella presa es una espectacular cascada que ensordece los oídos en el espesor del bosque.

SINGULAR RIQUEZA BOTÁNICA

Al llegar a esta comarca, es fácil que al viajero le pasen desapercibidos un buen número de conos volcánicos que salpican la accidentada geografía de la Garrotxa; la razón, sin duda, se encuentra en la densidad arbórea del suelo, en sus estratos (herbáceo, arbustivo y arbóreo). Se dice, con toda razón, que la zona volcánica de la Garrotxa es una verdadera isla de vegetación atlántica en medio de un clima mediterráneo.

En la geografía de este singular Parque Natural se dan cinco tipos de bosques: de ribera y zonas húmedas (2,4 %); de robledal húmedo (6,8 %); el hayedo



■ Numerosos itinerarios pedestres pueden hacerse por este Parque Natural

(8,6 %); de robledal seco (13,2 %), y de encinar (28,9 %). La suma de diferentes factores geológicos, biogeográficos y climáticos hace que la vegetación sea de una variedad extraordinaria, y por ello es fácil encontrarse desde paisajes vegetales mediterráneos (encinas), hasta la vegetación centroeuropea y atlántica (robles, hayedos, etc.). Robles, hayas, encinas, fresnos, tejos, castaños, acacias y olmos, son, por lo tanto, las especies arbóreas más abundantes, que, por su condición de caducifolias, en la mayoría de los casos, crean una sinfonía de colores durante el otoño, atrayendo a fotógrafos de la naturaleza de todo el mundo, en cualquier época del año. La flora —ya en el estrato herbáceo— es muy rica, habiéndose identificado hasta 1.173 especies de plantas superiores, algunas del mayor valor botánico.

En los aguamoixos (zonas de agua estancada), así como en las corrientes fluviales de la cuenca del Fluvià, principal río de la comarca, la biodiversidad es más grande. Es preciso recordar que en el Parque Natural de la Zona Volcánica de la Garrotxa se contabilizan 257 especies (7 de peces, 11 de anfibios, 16 de reptiles, 180 de aves y 43 de mamíferos), que constituyen nada menos que el 41 por ciento de las especies presentes en toda Cataluña (611). Entre los anfibios, es preciso destacar al cangrejo autóctono, especie protegida, que depende para su supervivencia de la mejora de las condiciones de los cursos de agua; amenazada, por otra parte, por una enfermedad introducida por el cangrejo americano, lo que ha causado auténticos estragos en la población autóctona del cangrejo de esta comarca.■